MENDOZA

San Rafael, rendida al pie del cañón

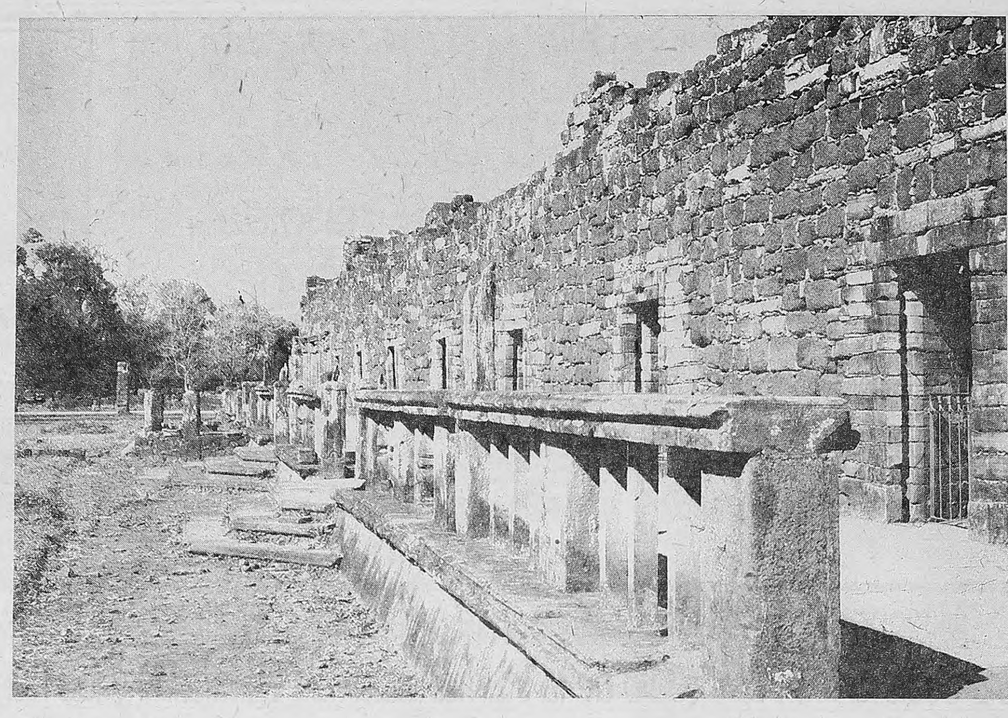
Turismo/12

Misiones es la provincia argentina que contiene dos de los tres sitios del país declarados Patrimonio de la Humanidad: las Cataratas y las ruinas jesuíticas

AGUAS MISIONERAS

Un antiguo tesoro jesuítico entre la selva misionera

La provincia de Misiones se sitúa en lo que fue el corazón de la República Guaraní, fundada por los jesuitas pero construida con el trabajo de los indígenas. Las ruinas han sido declaradas Patrimonio Cultural de la Humanidad.



Las ruinas de San Ignacio Miní, redescubiertas hace casi un siglo, ya son Patrimonio Cultural de la Humanidad.

Quedan en pie sus columnas, su plaza mayor, restos de la iglesia, los talleres de trabajo y el cementerio.

(Por Juan Almamegretta) **Más de doscientos años transcurrieron desde la expulsión de los jesuitas de la Argentina. De no ser así, distinto hubiese sido el destino del pueblo misionero, cuya conjunción cristiano-indígena logró que a principios del siglo XVIII algunas de las reducciones jesuíticas poseyeran, cada una de ellas, más habitantes que los que existían en la ciudad de Buenos Aires.**

Tal fue el poderío e inmensidad de la presencia de los jesuitas en el nordeste argentino (también en el sur de Paraguay y una pequeña franja de Brasil) que en el año 1700 realizaban la primera impresión de un libro publicado en la Argentina, antes de llevarse a cabo en la –ya entonces– poderosa Santa María de los Buenos Aires.

De las treinta misiones jesuíticas que existieron en la denominada República Guaraní, montada sobre lo que los guaraníes denominaron su Tierra sin Males, quince pertenecían al actual territorio argentino. Hoy se pueden ver los vestigios de aquella sociedad.

En torno de la capital de la provincia, las ruinas de La Candelaria (a 20 km de la ciudad), las de Loreto y Santa Ana, mantienen el aroma y sonido que el abrazo cercano y húmedo de la selva les otorga; además, sin venta de artesanías.

Próximas a las orillas del Uruguay se hallan las reducciones de Santa María Mayor y los Santos Mártires.

Más allá de los adiestramientos de la obra de los jesuitas sobre los indios, su prédica no impidió que, al día de hoy, el pueblo guaraní subsistiera como uno de los más activos culturalmente, de una forma abierta. El guaraní se habla (los indios pertenecientes a las reducciones nunca dejaron de hacer uso de él) actualmente entre gran parte de la población argentina de la Mesopotamia, tanto en Formosa y Corrientes como Misiones.

En San Ignacio Miní, a 56 kilómetros de Posadas, se erigió uno de esos centros que desafiaban el poder del Río de la Plata, temidos asimismo por la corona española y la economía portuguesa, sin olvidar al propio Vaticano.

Se cumplieron 100 años desde que las ruinas de San Ignacio Miní fueron redescubiertas, luego de que fueran quemadas por un dictador del Paraguay, tras sucederse episodios de guerra entre grupos guaraníes que respondían a Artigas contra la ocupación de las misiones por parte de Paraguay y los portugueses que habían invadido los "Siete Pueblos" a mitad del XVIII.

Declaradas desde el año 1983/4 Patrimonio Cultural de la Humanidad –junto a las ruinas jesuíticas de San Miguel en el estado de Rio Grande do Sul, en Brasil, o de la Santísima Trinidad en Paraguay–, las ruinas de San Ignacio Miní dejan relucir sus columnas, su plaza mayor, restos de la iglesia, los talleres de trabajo y el cementerio.

La ruta 12, que une Posadas con Puerto Iguazú, es la que concentra la mayor parte de los atractivos actuales de Misiones, pero también la que posee los sitios en ruinas físicamente mejor preservados.

Loreto, a 48 kilómetros de la ciudad de Posadas, camino a Puerto Iguazú, fue fundada en 1648 y fue sede donde se realizase la primera publicación de un libro en la Argentina, un ejemplar de un *Martirologio Romano*, más tarde traducido al guaraní.

Si descansa un día en Posadas, también se puede visitar la reducción de Trinidad, a 28 kilómetros de la ciudad de Encarnación, al otro lado del río Paraná, a la altura de Posadas.

La misión de Trinidad fue una de las fundaciones más tardías de los jesuitas (1706), que recién fue terminada de construir cincuenta y cuatro años después, siete antes de la expulsión de los jesuitas, para algunos auténticos defensores de utopías.

CATARATAS DEL IGUAZU

Encanto en cascada

La imagen de las Cataratas del Iguazú recorre el mundo desparramando su encanto. Una visita que hay que hacer "al menos, una vez en la vida".

(*Por J. A.*) La Garganta del Diablo golpea a más no poder. Así el caudal del río Iguazú se halle en época de baja, la impetuosidad de las Cataratas del Iguazú provoca vibración dentro del cuerpo.

A los tradicionales laberintos peatonales del Parque Nacional Iguazú, para recorrer de cerca los saltos del lado argentino, se les han sumado la opción de acercarse en bote, la cuestionada posibilidad de sobrevolarlas por hélice y un proyecto oficial actual que incluye trencitos y elevadores.

Para evacuar dudas acerca de los sectores del río, las caídas de agua señalan la división entre el Iguazú superior y el inferior. Es casi incomprensible que un río haga semejante despliegue para continuar su curso: casi un contorno de 3 kilómetros de agua que se expone al salto mortal, repartidos en poco más de 250 caídas diferentes y que alcanzan una altura de 80 metros.

Un viaje a la provincia de Misiones posee un valor comunitario tremendo. De los tres lugares señalados como Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO en la Argentina, dos de ellos pertenecen a este territorio, siendo declarado de interés natural uno de ellos: el Parque Nacional Iguazú –el otro, de interés cultural, es San Ignacio Miní–.

El parque contiene por entero el sector de las cataratas correspondiente a Misiones. Protege además la infinidad de especies vegetales y animales que cobija la selva misionera, nacida en tierra colorada. (Servicios en la zona averiguar en Ilheus, en el 315-2946.)

Los senderos peatonales por pasarelas parten de donde se halla el único hotel situado dentro del parque. Recorre la base de los saltos entre el bosque y se dirige, por debajo, al frente de la isla San Martín (Argentina), junto al salto del mismo nombre, uno de los más espectaculares del parque. Raro es que no se forme un arco iris. La pasarela atraviesa por arriba el salto Alvar Núñez y abre su mirador hacia el Adán y Eva, el Bozzeti y el Mbiguá. En el recorrido son observables helechos, vegetación baja, rastrera, begonias, orquídeas y gran cantidad de musgos adheridos a la roca húmeda. Por el sector del salto Dos Hermanas y el Chico se forman piletones de agua.

Desde Puerto Canoas comienza el puentecillo que lleva hasta la Garganta del Diablo, un espectáculo audiovisual sin igual. El sendero conduce hasta el extremo superior del gran salto. Por momentos da temor quedarse junto a la catarata aunque por ratos uno tenga ganas de lanzarse y caer con el agua del Iguazú, de ser tragado como lo fueron las pasarelas, durante una de las crecidas históricas del río Iguazú, en 1983.

Cerca de Puerto Canoas se halla una huella precaria de vehículos que se interna hasta un viejo puesto de guardaparques en medio de la selva misionera. Los árboles alcanzan alturas de hasta 50 metros, entre los que se hallan el laurel negro, el guatambú, el cedro misionero y el peteribí.

Colgados de las ramas, los monos carayás se empecinan con lanzamientos a los turistas desde lo alto. El tucán, otro de los símbolos del parque, sobrevuela la copa de las especies vegetales más altas. El sendero Macuco, fuera del área de los saltos y partiendo en dirección opuesta a ellos, es fascinante por la convivencia directa con la selva a través de un sendero despoblado y cubierto de lianas que cuelgan de lo alto.

Del lado brasileño, la vista de las cataratas en la zona de Puerto Meira es impresionante, pero allí falta el contacto con la selva que se tiene en el Parque Iguazú, que exige una exploración minuciosa. En cada rincón del suelo misionero hay algo que observar, tal vez pueda verse alguna de las más de trescientas especies de fauna que pueblan aquella selva o de las 2000 de flora, sin dejar de mencionar los claveles del aire y el llamativo *agarrapalo*, un árbol que se abusa de las debilidades de sus pares insertándoles su semilla y creciendo a merced de ellos.

Aún el Parque Nacional Iguazú es un sitio que mantiene un perfil agreste, sólo matizado por la presencia del hipersetentista Hotel Internacional. Más allá del área de las cataratas, los senderos se reducen a caminos de protección utilizados por el cuerpo de guardaparques, que expectantes ven cómo se desarrollan los proyectos oficiales para hacer del Iguazú un parque cada vez menos natural.

Iguazú posee un área protegida de alrededor de 55.000 hectáreas cuyo debut occidental ocurrió hacia 1541, cuando arribara a los saltos el conquistador Alvar Núñez Cabeza de Vaca. Para los guaraníes tuvo un origen místico, cuando el guerrero Caroba se escapaba con una india llamada Naipur en canoa por el Iguazú, lo que provocó el enojo del dios de la lluvia y el quiebre del río para detenerlos. Para la ciencia, el origen no es más que una falla geológica por acción de la lava sobre el basalto. Tres descubrimientos distintos para el mayor de los espectáculos naturales de la Mesopotamia.

La tierra de la yerba

Los guaraníes conocían desde tiempos prehispánicos el uso de la yerba mate. Sin embargo, fueron los jesuitas los que crearon las plantaciones y el comercio de la yerba, ya que los guaraníes se limitaron a extraerla en su condición silvestre.

Los indios tostaban las hojas de la yerba (*ka'a* en guaraní) y las masticaban para darse fuerza por su andar a través de la campiña. El antecedente más directo de la tradición matera del Río de la Plata, Paraguay y los *gaúchos* del Brasil, es el *tereré* cebado en una calabaza con agua fría luego del tiempo de la recolección de las hojas, hacia fines del verano, bebida muy popular en las provincias del norte del país, de Formosa al este.

Luego fueron los misioneros los que se dedicaron por entero a la producción masiva de plantas de yerba mate, convirtiéndose además en los principales productores, obtención que comercializaban por el puerto de Asunción.



Las Cataratas del Iguazú, uno de los espectáculos naturales más importantes de la Argentina.

Se contabilizan algo más de 250 caídas diferentes, la mayor de las cuales llega a los 80 metros de altura.





El cañón del Atuel es ideal para hacer trekking y para los paseos a caballo (arriba).
Zona de diques (derecha), imprescindibles en una zona en donde el agua es un tesoro a cuidar.

San Rafael, rendida al pie del cañón

Dentro de todas las ofertas turísticas que presenta Mendoza, San Rafael ha logrado instituirse como un centro de turismo con atractivos bien diferenciados respecto de la capital de la provincia. El cañón del Atuel, el dique Los Reyunos y varios valles de cordillera como El Sosneado o Las Leñas habitan su entorno. Los alrededores de San Rafael han sido destinados, casi con exclusividad, a la variante del turismo de aventura.

Es la naturaleza, en San Rafael, la que más dolores de cabeza les provoca a sus habitantes. Amenazantes nubarrones cargados de granizo atemorizan a los productores fruteros de Rama Caída. Aunque también es la naturaleza la que más satisfacciones les da a los sanrafaelinos con su cañón del Atuel o el río Diamante.

Habría que escuchar personalmente a un mendocino el orgullo que expresa sobre su tierra. Habría que admirar a un sanrafaelino cuando refiriéndose a las tierras áridas que rodean a la ciudad parece que estuviese haciendo mención de un oasis verde.

Pero tienen razón. A la Argentina le ha tocado una gran parte de su territorio con escasa humedad y pobre vegetación. Allí es cuando se comprende el valor de los desmoronantes paisajes de los desfiladeros majestuosos del rojizo cañón del Atuel, a sólo 35 kilómetros de la ciudad de San Rafael. Ellos, igual, conocen el valor del verde, porque con obras de canales y riego artificial han hecho de la ciudad una urbe fértil, una ciudad que produce fruta de primera calidad –pera, ciruela, durazno, damasco– y uva que va a parar a algunas de las principales bodegas argentinas, muchas de las cuales tienen su base en San Rafael.

Por la ciudad de San Rafael pasean rostros con la marca de la inmigración, de esos rostros que los pocos viajeros creían ver nada más que en las capitales como Córdoba, Buenos Aires o la misma Mendoza. Por las calles de San Rafael se pasean tradiciones españolas e italianas, pero también existen las de influencia inglesa.

Los alrededores de San Rafael, han sido destinados casi con exclusividad al turismo de aventura. Así como los sanrafaelinos utilizan hasta la última gota de agua que traen los ríos de la cordillera, el cañón del Atuel ha sido aprovechado en todas sus variantes. En el agua, haciendo bajadas con balsas de *rafting* o *cataraf*, en el dique Valle Grande con las actividades náuticas y en la meseta con los recorridos para trekking o para hacer a caballo. El cañón del Atuel es una depresión que ha formado el río en la gran meseta de altura originaria de la era terciaria. Son decenas de kilómetros en las que los morros y las paredes de roca endeble crean formas misteriosas, moldeadas poderosamente por el agua y el viento.

Los campings y otros sitios ya han ganado la costa del Atuel entre Valle Grande y la ciudad de una manera algo antojadiza, limitando las posibilidades de acceso al río. Igualmente, las modernas alambradas no son suficientes para prohibir el paso al asombro que provocan las paredes del desfiladero al atardecer, totalmente diferentes de las que había presentado por la mañana.

En la parte superior del cañón del Atuel tienen lugar unas dunas de enorme dimensión poco vistas en otras latitudes. Allí, los intrépidos tuercen sus 4 x 4 a más de 45 grados, aunque los más ecológicos lo transitan a caballo o caminando. Muy próximo, el dique El Nihuil, uno de los principales componentes del sistema de producción de energía de la zona de San Rafael.

El río Atuel nace en el valle del Sosneado y recorre más de 300 kilómetros antes de evaporarse, en la provincia de La Pampa, con los pocos metros cúbicos de agua que traspasan la frontera provincial. El Atuel posee un caudal regulado por el deshielo, lo mismo que el río Diamante, llamado así, dicen, porque allí se imaginaba situada la ciudad de los Césares. El río forma, al oeste de San Rafael, el dique Los Reyunos, más visitado cuando el calor acecha la región.

Alejándonos hacia el sur luego de abandonar los misterios del cañón del Atuel, los caminos conducen a El Sosneado y, más al sur, a Malargüe y Los Molles.

Allí se destacan el Pozo de las Animas, una misteriosa formación natural. Más adelante, internándose por un camino secundario que atraviesa las termas de El Sosneado (sin infraestructura) se entra en el Valle de las Lágrimas, donde lustros atrás cayera el avión con ciudadanos uruguayos provenientes de Chile. Pero eso ya es pasaje de cordillera radicalmente diferente del panorama del cañón de Atuel, el que sin duda agradaría, en demasía, al Correcaminos y al Coyote para expresar sus desventuras.

Para mayor información sobre el área de San Rafael y los servicios de la región, llamar al teléfono 322-1152.

